

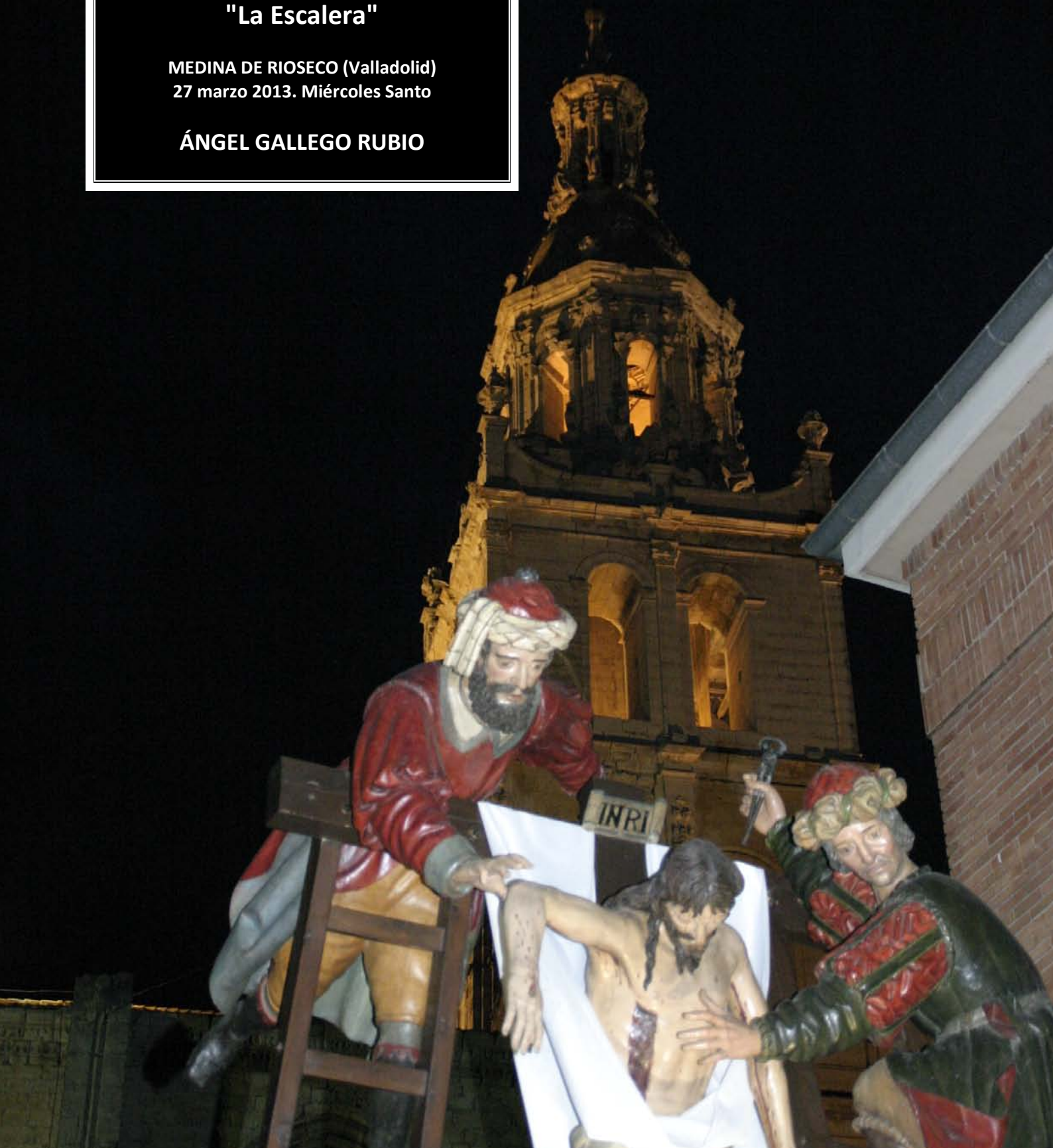
**ACTO DE COLOCACIÓN DEL  
SUDARIO**

**SANTO PASO DEL  
DESCENDIMIENTO**

**"La Escalera"**

**MEDINA DE RIOSECO (Valladolid)  
27 marzo 2013. Miércoles Santo**

**ÁNGEL GALLEGO RUBIO**



Hay un mito medieval que cuenta cómo una hembra de pelícano salió a buscar comida dejando a sus crías hambrientas en el nido. Cuando volvió, tres días después, sin haber encontrado nada que ofrecer a sus polluelos, los encontró moribundos. La madre, en una desesperada muestra de amor supremo hacia sus hijos, se abrió el pecho a picotazos para alimentarlos con su propia sangre. Así, a pesar de morir ella, los salvó. Por amor. Todo por amor.

Hermanos, hermanas, amigos.

Y me diréis ¿A cuento de que nos viene hoy Ángel con esta historia de pelícanos?

Pues porque esa historia es el símbolo perfecto de otra historia que ocurrió hace más de dos mil años. Y ocurrió también por amor. Hubo un Hombre, un galileo, que entregó su vida por los hombres. Dios, por el amor a sus hijos, igual que la hembra del pelícano, dejó que su sangre se derramara para salvar a la humanidad. Para salvarnos.

Y además, porque tal día como ayer, hace trescientos cincuenta años, comenzó otra historia. Una historia también de amor. Una historia que arranca de la fe de un grupo de riosecanos.

La fe. Estamos viviendo el año de la fe. El Papa Juan Pablo II defendía que la fe debe actuar en nosotros a través del amor. Y es que el fruto de la fe es el amor. Es que sin fe no puede haber amor. Un amor como el que aquellos antiguos cofrades de la Penitencial de Quinta Angustia y Soledad sentían por aquel Hombre. Aquel Nazareno que subió con su Cruz al Calvario y se dejó colgar de ella por todos nosotros.

Tal vez por eso quisieron representar el momento, solemne, en que es descolgado de esa Cruz. Acaso hubieran querido no haberlo visto nunca colgado y esa fuera la causa de que, aquel 26 de marzo de 1663, encargaran un paso del Descendimiento.

Mirad ahora ese Paso. Lo tenemos aquí mismo. Es un Paso que refleja fe. Y amor.

Mirad todo el amor que se derrama en las lágrimas de la madre que acaba de perder a su hijo. Fijaos en esa madre. Da igual su nombre: Macarena sevillana; Angustias vallisoletana; Dolorosa, Soledad o Piedad riosecana. O Castilviejo. Es María al fin y al cabo. Es la misma madre. La misma. La que en el Descendimiento espera el cuerpo de Cristo y la que en la Crucifixión enjuga en un pañuelo su dolor. ¿Puede haber mayor dolor que el de una madre que pierde un hijo? ¿Puede haber mayor amor que el de una madre por sus hijos?

Mirad todo el amor de Juan y Magdalena que, con mimo, esperan el cuerpo inerte de su amigo, de su maestro. Mirad todo el amor que se destila de Nicodemo, de José de Arimatea y de ese mozo anónimo que, con delicadeza, liberan a Jesús, ya muerto, del patíbulo.

Y, al igual que esos santos varones usaron en el Gólgota unas telas para descender a Cristo y lo envolvieron en un sudario; también aquellos riosecanos del siglo XVII colocaron unos paños y un sudario en su Paso. Un sudario como el que hoy, en este Miércoles Santo del año 2013, estamos colocando en ese mismo Paso. El paso de nuestros mayores. Nuestro Paso.

Porque, con mucha fe y mucho amor, durante tres siglos y medio, en la imaginaria rueca del riosecanismo, se ha ido tejiendo la historia. Devanándose poco a poco. Hebra a hebra. Hilo a hilo. Así se teje la tela del sudario de La Escalera.

Un sudario tejido con hilos de nombres y apellidos. Hilos de familias enteras. De hermanos y de hermanas. Hilos de hombres y mujeres que han mantenido, impoluto en el tiempo, este legado. De padres a hijos, de abuelos a nietos, de generación en generación. Con hilos de un cariño secular. Hilos de rezos y plegarias. Hilos de esperanza. Hilos de devoción. Hilos de pasión.

Un sudario tejido con hilos de costumbres. De tradiciones arraigadas en lo más profundo de un pueblo. Hilos de juntas. De Candelas y Ramos. De misas de difuntos. Hilos de mayordomos. Hilos de refrescos y desfiles de gremios. Hilos de aceitunas y cenas de hermandad. Hilos de peinetas y mantillas. Hilos de medallas y faroles. Hilos de varas y banderines. Hilos de túnicas recogidas. Hilos de oración.

Un sudario tejido con hilos de esfuerzo. Hilos del sudor de cuarenta manos. De los latidos de veinte corazones que cada año cumplen con un rito casi milagroso. Hilos de un cordel para tallar el paso. Hilos de cadenas; de palotes y encerrados; de contrapalotes, de bipalotes y de ejes. Hilos de argollas. Hilos de madera de tacos y tablero. Hilos de resina. Hilos de horquillas. Hilos de una marcha fúnebre que se siente más en el espíritu que en los oídos. Hilos de lágrimas.

Un sudario tejido con hilos de vivencias. De anécdotas y leyendas mil veces contadas. Hilos de sentimientos. De emociones que afloran cada primavera. Hilos de repelucos en la memoria. De recuerdos que provocan que los vellos se ericen y los ojos se humedezcan. Hilos de sensaciones contrapuestas. De ese gozo o esa pena que hacen que casi duela el alma.

Un sudario tejido con hilos de lienzo. El lienzo de unas túnicas que también sirvieron de sudario. Blancos sudarios que nuestros hermanos tenían perfectamente planchados y preparados. Así, cuando el Supremo Hacedor les preguntó si estaban conformes con su puesto para sacar esa celestial Escalera que espera en los banquillos de la eternidad, sin dudarlos contestaron que sí.

Un sudario tejido, además, no con hilos, sino con dos hileras. Dos filas de faroles. Dos hilos de luminarias sobrecogedoras que alumbran, en su último desfile por las rúas riosecanas, a ese hermano que se ha ido de nuestro lado. Ese hermano que todos tendremos para siempre en la memoria. Siempre Carlos en mi memoria.

Un sudario tejido, en fin, con hilos de Hermandad. Desde aquel lejano Viernes Santo de 1664 hasta hoy. Un hoy que pudiera ser el mismo ayer. Un ayer que pudiera ser igualmente el mañana. Un mañana en el que con estos mismos hilos se seguirá tejiendo un sudario. El sudario del Descendimiento. Un sudario que se ha tejido con los hilos de la fe y el amor. Con el mismo amor de la hembra del pelícano. Con el mismo amor de ese Dios hecho hombre que entregó su vida por todos nosotros.

¡Ese Cristo del Amor! ¡Es ese mismo Cristo atado a la columna que preside nuestra Capilla! ¡Ese Cristo que Longinos traspasa con su lanza! ¡Ese Cristo de La Escalera!

¡La Escalera!

¿Cómo os gusta más La Escalera, hermanos?

¿En la soledad de la Capilla cualquier día de invierno, o en la multitud del Corro en la tarde del Viernes Santo?

Decidme, ¿cómo os gusta más?

¿Cuando cruza el caudal de lágrimas que la arropa en su salida, o surcando el mar de corazones que la empujan cuando sube la calle Mediana?

¿Cómo os gusta más La Escalera, riosecanos?

¿Con el codo de Nicodemo queriendo acariciar el dintel de la puerta, o cuando las tenazas de José de Arimatea parecen competir con la veleta de la torre de Santa María?

Decídmelo vosotras ahora, hermanas, ¿cómo os gusta más?

¿En la suave mecida del baile en los soportales, o en el caminar poderoso del paso por la calle de la Doctrina?

¿Cómo os gusta más La Escalera?

¿En el silencio del Corro de San Miguel, o al amparo del gentío en la Calle Mayor?

¿En la quietud de Santa Cruz, o en el arrebató de la Plaza?

¿Entre el bullicio de la rodillada, o cuando la descubris en esa sombra que llena la fachada de Santiago?

Decidme, hermanos, ¿cómo os gusta?

¿Viéndola venir o yéndose de nuevo, un año más, a buscar el descanso de los banquillos, mientras nos invade esa llorosa sensación, esa nostalgia de lo que ya pasó y se hace ausente?

¿Cómo os gusta más La Escalera?

¡La Escalera! ¡Hay que ver cómo nos gusta a todos La Escalera!

Si es que la verdad es que nos gusta de cualquier modo. En cualquier momento. En cualquier lugar.

Pero voy a acabar teniendo el atrevimiento de deciros cómo creo yo que nos debería gustar a todos. O mejor, voy a tener el atrevimiento de decir como creo que verdaderamente nos gusta a todos.

Es así:

Si damos la esperanza por perdida  
y llega el desconsuelo por la ausencia.

Si las dudas empañan la creencia  
cuando es duro el hachazo de la vida.

Buscad en ese Cristo descendido  
la cura que os libere de la herida.  
Busca, hermana, la fe. Que va escondida  
en la luz de un farol que está encendido.

Consuelo encontrarás en el madero  
que carga tu hombro con amor, hermano.

Y el golpe del oído en el tablero

te hará tocar el cielo con la mano.

¡Pues no hay mayor orgullo, os soy sincero,  
que ser de La Escalera y riosecano!

He dicho.